

General JUAN GALO DE LAVALLE

Notable guerrero de la independencia americana. Nació en la ciudad de Buenos Aires, el 17 de octubre de 1797, siendo sus padres Don Manuel José de Lavalle Cortés, Contador General de la Real Aduana de esta ciudad, y Doña Mercedes González Bordallo y Ross, que contrajeron enlace el 15 de septiembre de 1791 en Buenos Aires. No había cumplido quince años cuando sentó plaza en el Regimiento de Granaderos a Caballo, en calidad de Cadete, en 1812, cuando empezó a organizar aquel cuerpo el general San Martín. Su alta como Cadete del después glorioso regimiento lleva fecha 27 de agosto de aquel año.

El 23 de febrero de 1813 era promovido a portaestandarte del 3er Escuadrón de Granaderos y el 4 de diciembre del mismo año era ascendido a teniente de la 2da Compañía del mismo regimiento. Con este grado pasó, siempre con el escuadrón de Granaderos a que pertenecía, a formar parte del ejército sitiador de Montevideo, teniendo Lavalle el honor de ser uno de los que tomaron aquella plaza, por capitulación del general Vigodet, el 23 de julio de 1814. Después de la caída de la plaza de Montevideo, Lavalle pasó a prestar servicios en las fuerzas que al mando del coronel Dorrego realizaron la campaña desgraciada contra el caudillo Artigas, a fines de 1814 y comienzos de 1815, participando en el desafortunado combate de Los Guayabos o Puntas de Arerungá el 10 de enero del último año citado.

En 1816 se incorporó con su Regimiento al Ejército de los Andes, que San Martín febrilmente alistaba en el campamento del Plumerillo, en Mendoza. Durante el pasaje de la Cordillera, la división del brigadier Soler lo efectuaba por el paso de los Patos y en ella marchaban tres escuadrones de Granaderos, en uno de los cuales se encontraba el teniente Juan Lavalle; esta columna al penetrar en el Valle de Putaendo, llevaba como punta de vanguardia un destacamento que mandaba el mayor Don Antonio Arcos, ingeniero del ejército, el cual marchaba para tomar la garganta de Achupallas, cuando fue sentido por el comandante militar de San Felipe, quien a la cabeza de 100 veteranos y las milicias de Aconcagua, marchó a obstaculizar el avance, pero aún no se había presentado a los patriotas para disputarles el paso, cuando fue hecho pedazos por el teniente Lavalle a la cabeza de 25 Granaderos a Caballo, el día 4 de febrero. Asistió el día 12 del mismo mes a la Batalla de Chacabuco, donde su comportamiento fue tan brillante, que mereció ser promovido a capitán el 27 del mismo mes y año, tomando el mando de la 2da Compañía de su Regimiento.

Marchó a la campaña del Sud de Chile, al mando del general O`Higgins, en los comienzos de mayo de 1817, interviniendo en la toma de los fuertes de Arauco, a fines del mismo mes. El 7 de junio, a la cabeza de 80 Granaderos, Lavalle carga furiosamente sobre un destacamento de los realistas sitiados en Talcahuano, que había salido de la fortaleza en busca de ganado; mandaba en jefe a los Granaderos en esta acción el comandante Manuel Medina, dispersándose completamente el destacamento español, perdiendo una parte de su fuerza. El 5 de julio, con 45 Granaderos, recibe orden de incendiar una pequeña población próxima a la bahía de San Vicente, donde los sitiados

se proveían de víveres: cumple el objetivo indicado y al regreso se encuentra con una partida de 30 soldados enemigos, que se pone en fuga. En el asalto violento a las fortificaciones de Talcahuano, Lavalle formaba parte de la columna mandada por el coronel Ramón Freyre; dicho asalto, que tuvo lugar en la madrugada del 6 de diciembre de 1817, fue rechazado, no obstante lo cual, las fuerzas atacantes se cubrieron de gloria por el denuedo demostrado en la acción.

Al encontrarse el Ejército Unido en Chimbarongo, el 12 de marzo de 1818, el capitán Lavalle forma parte con sus Granaderos, de la división izquierda al mando del coronel Hilarión de la Quintana. En la funesta noche de Cancha Rayada figuró entre los más animosos. En la Batalla de Maipo, el 5 de abril, realizó proezas. Posteriormente formó parte de las fuerzas que al mando del general Antonio González Balcarce, continuaron la campaña del Sud de Chile, llegando hasta el Bío-Bío, en persecución de los restos españoles que aún quedaban en pie. Por su actuación en Maipo recibió una medalla de plata, un cordón del mismo metal y una estrella de oro de la "Legión Mérito de Chile", habiéndosele otorgado otra medalla de plata después de Chacabuco.

A comienzos de 1819 repasó los Andes con su cuerpo, ostentando el grado de sargento mayor con que había premiado el gobierno de Chile sus servicios. Zanjadas las dificultades que se oponían para la expedición al Perú, en 1820, Lavalle repasó la Cordillera con su Regimiento y el 20 de agosto de aquel año, se hacía a la vela en Valparaíso, rumbo a las costas peruanas, en busca de nuevos teatros para cimentar su fama de guerrero glorioso.

Desembarcado en Pisco, tocole ser de los primeros en batirse en Nazca, el 15 de octubre, a las órdenes del teniente coronel Manuel Rojas y el 29 del mismo mes, derrota a los españoles en la Pampa de Cangallo y continuando las operaciones con su destacamento, que forma del cuerpo del ejército destacado a la Sierra por el general San Martín bajo el mando del glorioso general Álvarez de Arenales, Lavalle, con su escuadrón de Granaderos a Caballo derrotó a los realistas en Jauja, el 20 de noviembre de 1820, entrando en la noche del 21 en aquel pueblo toda la división de arenales. El 6 de diciembre, en la célebre Batalla de Pasco, se cubría de gloria frente a sus valerosos jinetes. Por esta acción recibió una medalla de oro. En la acción de Jauja se entregó prisionero el mayor Lavalle, el teniente coronel Andrés Santa Cruz, que debía ser después una figura prominente en la historia de la independencia del Perú y Bolivia.

Poco tiempo después el ejército libertador entraba triunfante en Lima, no para descansar sobre sus laureles, sino para emprender posteriormente la campaña del Ecuador. En 1822 el general Bolívar después de algunos triunfos y derrotas, se encontraba reducido a la más completa inacción en las alturas de Bomboná, con sus mejores batallones, sufriendo diariamente la hostilidad de las guerrillas enemigas. Se encontraba además, un ejército enemigo en Quito, de cerca de 4000 hombres, recientemente llegados de la Península. Sucre que ocupaba Guayaquil, solicitó a San Martín una fuerza de 500 hombres, pero el general argentino comprendiendo que cuanto más poderoso fuese el apoyo que enviase, más éxito se lograría para la causa de la independencia, destacó al general Santa Cruz con 1100 hombres, que formaban parte de los batallones N° 2 de "Trujillo" y N° 4 de "Piura"; de los escuadrones 1 de Granaderos Caballo de los Andes y Cazadores del Perú y una compañía de artillería. Lavalle formó parte de los Granaderos. Pronto los tostados

hijos del Ecuador, el corazón de América en su posición geográfica, tuvieron ocasión de contemplar desde la cima del Chimborazo, el espectáculo magnífico de ver abrazarse al pie de aquel gigante de los cerros, a los denodados gauchos argentinos después de haber recorrido 1600 leguas, por entre bosques de bayonetas realistas, para dar libertad a sus hermanos de Nueva Granada y el Perú, con los no menos valientes paisano de Colombia, Venezuela y Ecuador, que desde las orillas del Orinoco, venían disputando palmo a palmo al famoso Morillo, el territorio de la patria.

El 12 de abril de 1822 los patriotas avanzaban por el Valle de Río Bamba, al pie del majestuoso Chimborazo, cuando poco antes de la caída del sol, entraron en contacto con la retaguardia enemiga, cuya infantería se apresuró a tomar posesión de aquel villorio, mientras que los 4 escuadrones, que sumaban 420 jinetes, se mantuvieron a vanguardia a cierta distancia de aquella. Sucre dispuso que un escuadrón de Granaderos a Caballo, apoyado por otro de Dragones de Colombia, efectuase el reconocimiento de la posición realista, con el fin de averiguar si la naturaleza del terreno era susceptible de favorecer el eventual bloqueo de aquella, evitando así los inconvenientes de un ataque frontal. El comandante Lavalle, se puso al frente de los bravos granaderos y habiendo cruzado rápidamente la Villa, desembocó en la pequeña llanura comprendida entre dicha localidad y la posición enemiga y su ojo avizor no tardó en descubrir la caballería simulando vacilación, detuvo a los suyos detrás de una loma de suave declive. Los húsares y carabineros reales, confiando en su enorme superioridad numérica, pues los granaderos de Lavalle sumaban sólo 96 hombres, avanzaron resueltamente en son de carga, pero acometidos por los granaderos, cuando después de franquear un desfiladero que les obligó a disminuir su frente, fueron aniquilados. En esta brevísima acción que sólo duró 12 minutos la caballería realista perdió la tercera parte de sus efectivos y la completa desmoralización de los sobrevivientes, al extremo de imposibilitar sus ulteriores actividades en el resto de la campaña.

Este triunfo famoso le valió al valeroso jefe de los Granaderos una condecoración otorgada por el Libertador, y el título de "Granaderos de Río Bamba". Después de este descalabro, el ejército real renunció a su proyectada ofensiva y retirándose con precipitación, fue a establecerse en la formidable posición de Jalupana, a fin de interceptar a los independientes el camino directo a Quito, objetivo final de la campaña libertadora. El general Sucre tenía demasiada experiencia en la guerra de montaña para incurrir en el error de atacar frontalmente a tan formidable posición. Se propuso envolverla por el costado derecho, juzgando que en razón de la supuesta inaccesibilidad del terreno por ese lado, estaría más descuidada allí la atención de los españoles. Fue en la ejecución de esta maniobra que se produjo el 24 de mayo de 1822 la famosa Batalla de Pichincha, en la cual Lavalle tomó parte distinguida, aunque por la calidad del terreno, la caballería no podía obrar. El día 25, los vencedores hicieron su entrada triunfal en la ciudad de Quito y entre los prisioneros tomados el día anterior y los que se rindieron el 25, en el fuerte de Panecillo, pasaban de 1000 hombres, según el parte oficial del general Sucre.

Terminada la campaña del Ecuador, Lavalle regresó a Lima, portando en su brazo izquierdo el escudo celeste con el lema "El Perú, al heroico valor de Río Bamba", así como en el peto de su casaca, prendidas las condecoraciones siguientes: la medalla de Chacabuco, los cordones de

Maipo, la condecoración de la Orden de la Legión del Mérito, la medalla de Pasco, el Sol de Pichincha, y el escudo de oro acordado por el gobierno peruano a los vencedores de Nazca.

En 1823, siendo ya teniente coronel desde el 27 de abril, se encontraba incorporado al ejército argentino-chileno-peruano, que bajo el mando del general Rudecindo Alvarado, realizó la campaña llamada de Puertos Intermedios. Lavalle tomó parte en las tres acciones de guerra que tuvieron lugar en la misma, esto es, las Batallas de Calana, Torata y Moquehua, libradas los días 1º, 19 y 21 de enero de 1823, en las cuales el ejército de Alvarado sufrió pérdidas espantosas, especialmente en la acción de Moquehua, donde el comportamiento de los Granaderos que mandaba Lavalle, (2do Escuadrón), estuvo por encima de todo elogio, en el desarrollo de la acción, pero donde el heroico soldado de Río Bamba dio muestras de su admirable valor y sin igual decisión, fue en la ejecución de la retirada practicada por los restos del ejército de Alvarado, que se replegó sobre el puerto de Ilo, distante 22 leguas de la Villa de Moquehua: 1000 jinetes realistas al mando del general Carratalá se lanzaron en persecución de los vencidos; Lavalle, al ver la actitud que tomaba la caballería real, con los 300 granaderos que había logrado sacar del campo de batalla, se colocó a retaguardia de los dispersos y empezó a cubrir la retirada; no habrían recorrido media legua los patriotas, cuando un grito de “Viva el Rey!”, anunció al valeroso comandante que los escuadrones españoles estaban a 100 metros, picando su retaguardia: Lavalle entonces hizo alto, dio un “Viva la Patria” con su voz plateada y arrogante, mandó volver caras por pelotones y sable en mano, se puso al trote para recibir la embestida de los enemigos, que enorgullecidos por el triunfo que acababan de obtener, se lanzaron al choque con decisión y empuje, pero apenas había disparado sus fusiles la primera línea española, que ya tenían encima a los bravos granaderos, que los sableaban con el mayor denuedo. Así se repitió la maniobra por 20 veces consecutivas en que los 300 Granaderos volvían caras y se lanzaban al ataque del millar de jinetes de Carratalá, siendo completamente rechazados igual número de veces estos últimos y gracias a la heroica decisión de Lavalle y sus granaderos, pudieron 2700 dispersos embarcarse sin que nadie los hostilizara en el Puerto de Sama, merced al valor y a la pericia del vencedor de Río Bamba, que se embarcó con su regimiento en el Puerto de Ilo. Esta embarcación¹ naufragó a las 12 leguas al Sur de Pisco y casi todos sus tripulantes corrieron el peligro de morir de sed, pues debieron internarse tierra adentro, hasta que ya casi desfallecientes encontraron agua y pudieron entonar sus cuerpos extenuados, hasta que después los auxiliaron otros cuerpos que salieron en su búsqueda. Al llegar a Lima, el Gobierno extendió a Lavalle sus despachos de coronel graduado por su brillante comportamiento en aquella campaña.

Poco después se le mandó con su regimiento a operar sobre el Chancay, pero en los últimos meses del año 1823, el coronel Lavalle sintiéndose profundamente ofendido, como la mayoría de los jefes argentinos, por la actitud del general Bolívar, pidió su separación del ejército y se trasladó a Chile, llegando a Buenos Aires a comienzos de 1824. De regreso al suelo natal, se encontraba en Mendoza, en el desempeño de una comisión del gobierno porteño, cuando lo sorprendió la revolución que depuso al gobernador general José Albino Gutiérrez; los dirigentes del movimiento le pidieron a Lavalle que se pusiera al frente de las fuerzas, y triunfante el movimiento fue

¹ Fragata “LA TRUJILLANA”.

designado, el 28 de junio de 1824, gobernador interino de la Provincia hasta el 4 de julio del mismo, fecha en que fue elegido gobernador propietario Don Juan de Dios Correas.

El gobernador Las Heras le extendió los despachos de coronel graduado del Regimiento 3 de Caballería, el 28 de octubre de 1824 y el mismo gobernante le extendió la efectividad de aquel empleo el 24 de febrero de 1825.

En aquella época se le dio el mando de un regimiento de caballería de nueva creación, de 500 plazas, para cubrir la frontera al Sur del Salado el cual tomó el nombre de Regimiento de Coraceros. En 1825 hallándose con su regimiento en Chascomús, fue nombrado con Don Juan Manuel de Rosas y el ingeniero Felipe Senillosa, para trazar la nueva línea de fronteras al exterior del pueblo de Tandil.

De regreso de esta expedición, Lavalle con su regimiento tuvo un encuentro con los indios en el "Hinojal", haciéndoles una terrible mortandad. Poco después pasó a incorporarse con su regimiento de coraceros al Ejército que se alistaba para abrir la campaña contra el Brasil, el cual tomó el nombre de 4º de Caballería, el 27 de abril de 1826.

El 13 de febrero de 1827, Lavalle al frente de su 4º de Coraceros batía en el Bacacay, conjuntamente con el regimiento del coronel Videla "Colorados de las Conchas", al célebre guerrillero brasileño, Bentos Manuel, quien por esta circunstancia, estuvo ausente del campo de batalla de Ituzaingó, una semana después. En esta última batalla, Lavalle al frente de sus Coraceros realizó proezas magníficas, razón por la cual, conjuntamente con el ilustre coronel José María Paz, el general Alvear los propuso para el ascenso a generales sobre el campo de batalla.

Recibió, además los cordones y el escudo de oro acordado por el Congreso Nacional a los vencedores en aquella gloriosa jornada. Sus despachos de coronel Mayor extendidos el 15 de marzo con antigüedad de 23 de febrero, llevan la firma de Rivadavia. Retirado el ejército al Cerro Largo, Lavalle fue destinado a operaciones sobre las márgenes del río Yaguarón, y después superar sinnúmero de dificultades logró batir a una división de 600 imperiales, mandados por el general Bentos González y el famoso guerrillero Lucas Teodoro, en la jornada del 25 de mayo del mismo año 1827, resultando herido el general Lavalle de un balazo en una rodilla.

Mejorado un poco de su rodilla, se trasladó a Buenos Aires para completar su curación. Sombrío fue el cauro que encontró el valiente soldado en su Patria; el presidente Rivadavia ante la disyuntiva de firmar una paz indígena o descender del puesto, optó por el último expediente, la oposición la encabezaba el coronel Dorrego en estrecha alianza con los caudillos del interior. Después del breve interinato del Dr. Vicente López, el coronel Dorrego escaló el Poder Supremo, pero contra las esperanzas de todos los buenos patriotas, el nuevo Gobernador no envió un solo hombre a reforzar el Ejército en Operaciones y en vez de cambiar el comando en jefe, para el cual el Dr. López había designado al general Lavalleja, por algún otro general, entre los de tanto mérito que había en Buenos Aires, en aquellos momentos, dejó subsistente aquel nombramiento, que tan mala impresión produjo en el ejército y en la opinión pública.

Restablecido de su herida, Lavalle regresó al ejército, que en aquella época estaba reducido a la mitad de su fuerza primitiva, por los combates y las fatigas de una campaña llena de privaciones y el cual se sentía humillado al considerar que después de cuatro victorias se encontraba reducido a la nulidad más completa, por la incurria del Gobierno y la incapacidad de su general en jefe. El ejército hacía un año que permanecía en los cantones del Cerro Largo, sin emprender ninguna operación seria, pues Lavalleja sólo se había limitado a destacar guerrillas para que efectuara incursiones en territorio brasileño. En el mes de mayo de 1828, cuando Lavalle llegó al ejército la situación era de completa inacción por falta material de elementos. En agosto se ajustó la convención de Paz, que fue ratificada posteriormente por las partes interesadas. Llegada al ejército en operaciones la noticia de la paz firmada, Lavalle renunció al mando que allí tenía y regresó a Buenos Aires. El 28 de noviembre de 1828 llegaba también a la Capital la primera división de ejército y en la madrugada del 1º de diciembre, el general Lavalle sublevaba las fuerzas de la guarnición, derrocando al gobernador Dorrego y el día 5 salía en campaña con una columna de 700 hombres, dejando el mando a cargo interinamente del almirante Guillermo Brown. El día 9 batía en los campos de Navarro una columna de 2000 hombres mandados por el ex gobernador, al cual acompañaban Rosas y otros jefes de menor importancia. El día 13, el coronel Dorrego era fusilado en el pueblo de Navarro por orden de Lavalle sin forma alguna de proceso; evidentemente, en el ánimo naturalmente bondadoso del general Lavalle, tuvieron influencia preponderante, en medio de su indecisión, los consejos de Juan Cruz Varela y el Dr. Salvador María del Carril, que le insinaron tomar aquella determinación que tan fatal fue para la causa de la libertad de la República. Este error político sin precedentes, que condenó severamente al general San Martín y cuya responsabilidad ante la Historia asumió Lavalle, desencadenó la guerra civil que ensangrentó por espacio de más de 30 años el suelo argentino y en la cual iba a aparecer el vencedor de Navarro. Pronto los caudillos federales, a cuya cabeza figuraban Juan Manuel de Rosas y Estanislao López, se iban a erguir frente a Lavalle, quien ante la inminencia de la lucha a muerte que iba a estallar, destacó el general José María Paz con una división para que operase en las provincias del interior, mientras que el propio Lavalle lo hacía en la provincia de Buenos Aires.

El 28 de marzo de 1829 una división de tropas unitarias mandadas por el coronel Federico Rauch, fue batida en Las Vizcacheras (Sur de Buenos Aires), acción en la cual murieron los coroneles Rauch y Nicolás Medina. Entretanto, Lavalle y Paz se encontraban en el Desmochado, en el deslinde la provincia de Buenos Aires con la de Córdoba y el primero regresaba a las provincias citadas, haciéndolo el segundo a la de Córdoba. El 26 de abril (después de la entrevista en el Desmochado, que se había verificado el día 3 de este mes), Lavalle era batido en el Puente de Márquez por las fuerzas coaligadas de Rosas y López. Los resultados de esta acción fueron indecisos, pero las consecuencias ventajosas para la causa federal, pues fue el punto de partida para el desbande del ejército de Lavalle. Este se vio precisado a buscar la paz y el 16 de junio saliendo de su campamento en Los Tapiales con una pequeña escolta, se presentó a las avanzadas del ejército federal, siendo conducido de inmediato a la tienda del coronel Rosas; pero habiéndose éste ausentado momentáneamente, Lavalle se tendió en la cama de aquel y se durmió completamente y cuando a la madrugada llegó Rosas, el General dormía profundamente aún. Allí conferenciaron ambos personajes, sin testigos y el 24 de junio se ajustaba el pacto llamado de

Cañuelas, por el cual se establecía la cesación de las hostilidades entre la ciudad y la campaña, conviniéndose además, la realización a la mayor brevedad, de las elecciones de los "Representantes de la Provincia de acuerdo a las Leyes" y que una vez verificado este acto, Lavalle y Rosas le someterían las fuerzas de su mando.

El 24 de agosto, Rosas y Lavalle firmaban la Convención de Barracas, que ponía fin a la guerra. El nuevo gobernador, general Viamonte, le ofreció el mando de la división de caballería, que Lavalle aceptó al principio, pero eran tales los vejámenes a que se sometían a todos sus subordinados que le eran adictos, que la situación moral y material del general Lavalle no podía ser más deplorable y no le quedaba al ex gobernador más que el camino del destierro que ya habían seguido Rivadavia, del Carril, Agüero y muchos otros y el 15 de septiembre el gobierno le otorgaba pasaporte para trasladarse al Estado Oriental "con licencia por asuntos particulares". Se estableció en la Colonia del Sacramento y construía allí por sus propias manos el alojamiento en el cual vivió algunos meses con su familia. La casa en los apuntes biográficos del vencedor de Río Bamba, al describir la honrosa miseria en que vivió Lavalle inmediatamente después de su destierro forzado, dice: "El guerrero osado, que había llenado con la fama de su nombre el vasto territorio de la América; que en curso de carrera de gloria, había tenido en el hueco de su mano victoriosa los tesoros tomados al enemigo; el que descendía de la silla del Gobierno de un pueblo poderoso, por su sola voluntad, dejando en las arcas del Estado el valor de 200.000 duros, sale a mendigar el pan en la tierra del extranjero, sin que su espíritu se abata; sin que empalidezca el fuego de su entusiasmo patrio. Abnegación sublime, que honra su memoria más que todos sus trofeos de guerra; laureo inmarcesible, que al bosquejar su biografía enorgullecidos colocamos sobre la sien del partido de la libertad en el Río de la Plata. Ejemplo imperecedero, que después imitó muchas veces el honrado general Paz, y que el no menos virtuoso general Lamadrid, copió al pie de la letra, cuando en la cumbre de la Cordillera de los Andes, y en medio de la nieve formó a sus compañeros de infortunio, para repartirles los pocos pesos que había salvado de la catástrofe del Rodeo del Medio".

En los años 1830 y 1831, Lavalle hizo levantar el estandarte de reacción contra Rosas en la provincia de Entre Ríos, penetrando en el segundo de los años citados en la jurisdicción territorial de aquella provincia, pero no habían andado cinco leguas en la misma, cuando se encontró con el jefe que se había levantado en armas, que lo era el general López Jordán, quien había sido batido en las márgenes del Clé por los caudillos federales. Después de estos sucesos, Lavalle se trasladó al departamento de Mercedes, donde protegido por Rivera, presidente del Estado Oriental, organizaba una fuerte división para invadir Entre Ríos y en aquellos aprestos estaba, cuando llegó la noticia de la prisión del general Paz y con ello se abandonó la proyectada empresa, regresando Lavalle a la Colonia, donde se encontraba, cuando el general Lavalleja invadió desde Buenos Aires el Estado Oriental, en septiembre de 1832, apoyado por Rosas, para derrocar al presidente Rivera. Voló en apoyo de éste y la invasión fue rechazada. Restablecida la calma, Lavalle regresó a la Colonia, hasta que en 1835 subió a la Presidencia de la República el general Manuel Oribe, hombre funesto, y al poco tiempo se inició la lucha entre los partidarios de éste y los de Rivera. Lavalle y Rivera empezaron a sufrir persecuciones, por lo cual el último se vio obligado a levantar el

estandarte de la revolución y el 15 de junio de 1838 derrotaba completamente a las fuerzas oribistas en la Batalla de Palmar, acción en la cual en general Lavalle tuvo importante parte en el triunfo que significó el derrocamiento del presidente Oribe.

Rivera extendió a Lavalle los despachos de brigadier de sus ejércitos, lo que rechazó el segundo con altura diciéndole *“que no había dejado, ni dejaría de ser General Argentino”*. En estas circunstancias, el general Lavalle que había estado ocho años combatiendo por la libertad de los orientales, pidió al general Rivera, su amigo y compañero, algunos auxilios para llevar la guerra hasta Buenos Aires, que era el centro de recursos de Rosas, pero el vencedor del Palmar, con un espíritu de egoísmo, que bien caro le costó más tarde, no solo no dio al general Lavalle los auxilios que solicitaba, sino que, por el contrario, creyendo su poder afianzado no hizo en adelante otra cosa que hostilizarle, por todos los medios que estuvieran a su alcance. En aquellos momentos la emigración argentina en Montevideo empezaba a agitarse y formó el atrevido proyecto de llevar la guerra a Buenos Aires y al efecto, el 26 de febrero de 1839, se comisionó al Dr. Florencio Varela y al Dr. Salvador María del Carril para entrevistarse con el general Lavalle y proponerle se hiciese cargo del mando de las fuerzas que se alistaban para la campaña contra el tirano. Lavalle llegó a Montevideo a los 15 días y después de conferencias mantenidas con los principales dirigentes de los negocios unitarios en aquella ciudad, quedó resuelta la guerra.

Después de una serie de reuniones en que se debatió el problema de la invasión a la provincia de Buenos Aires por el Salado, se resolvió la iniciación de la campaña invadiendo Entre Ríos. El 2 de julio de 1839, la falange libertadora que se había reunido en el Cerro de Montevideo, donde había estado sometida a toda clase de persecuciones por parte de Rivera, y la que estaba compuesta por unas 160 personas, se embarcó en el saladero de “Lafone”, haciéndolo Lavalle a las 10.40 hs. de la mañana, no obstante la perentoria intimación de las autoridades riveristas que habían expresado que el Gobierno en ningún caso permitiría su partida.

La expedición se dirigió a la Isla de Martín García, que tomó y en la que permaneció dos meses, tiempo en el cual se le incorporaron unos 200 paisanos de las islas. El 2 de septiembre, a las nueve y media de la mañana, después de haberse repartido la proclama preparada al efecto, la expedición zarpó de Martín García, la cual el día 5 desembarcó en tierra entrerriana. El 22 del mismo mes, al frente de 462 patriotas atacó denodadamente al ejército del gobernador Zapata, fuerte de 1.800 hombres, el cual fue completamente derrotado. Este combate, que tuvo lugar en el Yerúa, produjo los más felices resultados para la causa de la libertad. No hay duda que este triunfo tuvo influencia preponderante en los resultados felices que obtuvo el 29 de diciembre de 1839, el general Fructuoso Rivera al batir completamente el ejército del general Pascual Echagüe que había invadido el territorio oriental, en los campos de Cagancha. Como consecuencia de esta derrota del caudillo federal, la provincia de Corrientes se sublevó en masa a favor de la revolución, prestando su gobernador, general Pedro Ferré, su máximo apoyo a Lavalle en la organización del ejército Libertador. En aquellos momentos se había producido la Revolución en el Sur de la provincia de Buenos Aires, con el sacrificio de los jefes de la misma. Un destacamento de aquellos revolucionarios, encabezados por el coronel Manuel Rico, llegó al campamento del “Ombú”, del general Lavalle, el 12 de enero de 1840, poniéndose a las órdenes de éste. En aquel momento, las

intrigas de Rivera, de las cuales fue principal agente el coronel Chilavert, distanciaron al general Lavalle con el gobernador Ferré. Esto produjo el retiro de Chilavert de las filas unitarias.

Lavalle penetró en la provincia de Entre Ríos a fines de febrero de 1840 y el 10 de abril, en los campos de Don Cristóbal, batió al ejército federal que mandaba el general Pascual Echagüe. El 16 de julio libraba contra el mismo ejército, la indecisa Batalla del Sauce Grande, después de la cual Lavalle se replegó sobre Punta Gorda, donde en los días 21, 22 y 23 de julio de 1840 se embarcaba en los buques de la escuadra francesa, que transportaba al Ejército Libertador a las costas de la provincia de Buenos Aires, desembarcándolo el 5 de agosto en San Pedro, a la vista de las fuerzas del general Ángel Pacheco, con el cual en la noche del 6 sostenía un fuerte tiroteo de guerrillas, regresando la división libertadora a San Pedro, conduciendo un gran número de caballos. Tal fue la acción librada en las márgenes del Tala.

Lavalle avanzó con su ejército hasta el pueblo de Morón, constantemente hostilizado por el general Pacheco y al llegar a aquel punto, Lavalle tuvo conocimiento de que Tosas disponía de fuerzas muy superiores al Ejército Libertador, el cual era hostilizado en sus flancos por las milicias del Sud y del Oeste de la provincia y por retaguardia, por el gobernador de Santa Fe reforzado con fuerzas de Rosas, que estaban en Entre Ríos y que ya habían repasado el Paraná. Las tropas que mandaba el general Lavalle llegaban a 2.500 jinetes, 300 infantes y dos piezas de a 4, mientras que en Santos Lugares había acampado un ejército de 3.300 jinetes, 2.200 infantes y 12 cañones.

En la capital había cerca de 5.000 soldados. Todos éstos datos impulsaron al general Lavalle, que permaneció por espacio de tres días frente al ejército enemigo, distante dos leguas, teniendo el general unitario por cuartel general la Capilla de Merlo. Al cabo de los tres días en vista que ningún cuerpo federal se insurreccionaba, emprendió su movimiento retrógrado sobre Estanislao López, en los últimos días de agosto, ocupando la infantería el pueblo de San Nicolás, penetrando la caballería en la provincia de Santa Fe².

El general Eugenio Garzón se acantonó en la capital de esta provincia con 700 infantes: el 27 de septiembre el general Tomás de Iriarte atacaba la plaza, mientras Lavalle con el resto del Ejército Libertador se colocó sobre la margen del Salado, con el objeto de evitar que López picara su retaguardia para distraer las fuerzas que debían operar. Los asaltos contra Santa Fe prosiguieron los días 28 y 29, en el que a las dos de la tarde, el general Garzón se rindió con todos sus jefes y oficiales y 300 de tropa. Se habían recibido comunicaciones del general Lamadrid que la provincia de Córdoba se había pronunciado por la causa de la libertad, y que él había llegado allí con una fuerte división de tucumanos y riojanos. Lavalle determinó buscar su incorporación con Lamadrid y al efecto, después de permanecer en Calchines, 7 leguas al Norte de Santa Fe, algunos días para tomar pastos, donde la suerte quiso que se le murieran una gran parte de las caballadas, a causa del "mío-mío", yerba venenosa y algunas disparadas ocasionadas por los tigres del Chaco, dejaron al ejército poco menos que a pie. Oribe seguía a Lavalle pero creía éste que podría evitar el lance

² El coronel Prudencio Arnold en su obra "Un Soldado Argentino", nos da la clave de la actitud de Lavalle: "El general Rosas, por medio de una ingeniosa estratagema, engañó a Lavalle, simulando chasques con comunicaciones, para que los tomara y se impusiera calculadamente del contenido de ellas".

de una batalla hasta su incorporación con el general Lamadrid; el 17 de noviembre el Ejército Libertador se ponía en marcha de los Calchines en dirección a Córdoba. Apenas Oribe sintió la marcha de las fuerzas enemigas, emprendió la persecución de Lavalle y a los 3 o 4 días se presentó por su retaguardia con todo su ejército.

Lavalle con habilidad esquivó el combate hasta llegar al Quebracho Herrado, donde esperaba encontrar las fuerzas de Lamadrid. El día 28 de noviembre llegaban los dos ejércitos beligerantes a los montes del "Quebrachito", habiendo realizado LVALLE los mayores esfuerzos para evitar la batalla hasta aquel punto, en que creía encontrar al general Lamadrid, pero en realidad una fuerte división de éste, mandada por el coronel Salas había estado en el Quebracho, esperando al Ejército Libertador con caballadas frescas, pero había tenido orden de replegarse al Tío.

La batalla de Quebracho Herrado dio principio a las dos de la tarde del 28 de noviembre de 1840, y no obstante estar luchando con un ejército doble, pues el de Oribe constaba de 4.000 jinetes, 2.000 infantes y 10 piezas, mientras que las fuerzas unitarias sumaban 2.500 escasos, al principio tuvieron ventajas los soldados de la libertad, pero finalmente, el mal estado de las caballadas de Lavalle, que impidieron a sus cuerpos perseguir a los federales que daban la espalda, dio el triunfo definitivo a Oribe pronunciándose la dispersión completa de los unitarios a las cinco de la tarde. Toda la infantería y unos 1.000 jinetes, fue la pérdida de las fuerzas de Lavalle, así como también los bagajes. El 5 de diciembre Lavalle se reunía en la guardia de Ranchos con el general Lamadrid. A la aproximación del general Oribe, desde Jesús María (10 leguas al Norte de Córdoba) Lavalle destacó al coronel Acha sobre Santiago del Estero y al coronel Videla a las provincias de Cuyo, llevando 600 y 1.000 hombres cada uno, respectivamente. El general con Lamadrid, marchó sobre Catamarca por la travesía de San Bernardo.

En su marcha supo el desastre sufrido por Videla en Can cala, el 8 de enero de 1841, completamente derrotado por Pacheco. Lavalle siguió su marcha sobre Catamarca, a donde llegó el día 10 de enero. De allí pasó a La Rioja, a invitación del general Brizuela, jefe Supremo de la coalición del Norte, ciudad a donde entró el 28 de enero. La inacción de Brizuela, dio tiempo a que el ejército de Aldao se aproximase, siendo necesario abandonar La Rioja, retirándose Lavalle a los bosques; en ellos organizó las fuerzas disponibles y con una división de 1.000 hombres, restos del Ejército Libertador y 800 riojanos de Brizuela, atrajo sobre sí en la provincia de La Rioja 9.000 soldados mandados por Oribe y Aldao, dando así tiempo al general Lamadrid para que levantara el espíritu en las provincias del Norte y organizara su ejército en Tucumán. El resultado correspondió a sus cálculos y por tres meses La Rioja fue el único teatro de la guerra, colocado Lavalle y sus valientes tropas en el medio de todos los peligros, en el clima más frígido de toda la República, permaneciendo impasible al pie del "Cerro de Famatina", con su división desnuda y sin más alimentos que la carne de burros flacos y algún maíz, con que los vecinos lo auxiliaban.

La invasión de Oribe a los Llanos, determinó al general Lavalle a llamar a junta de guerra, con el fin de hacer sentir a Brizuela la falta militar que había cometido Oribe, al entrar en La Rioja con todo su ejército y de la urgente necesidad de replegarse sobre Tucumán; en dicha junta se resolvió la retirada, que se inició el 11 de junio, pero en marcha para aquella ciudad, supo que Lamadrid con

3.000 hombres había pasado la cuesta de "Paclin" y que ocupaba la ciudad de Catamarca. Esto desbarataba completamente los planes del general Lavalle; la campaña tomó una nueva faz, pues Lamadrid siguió sus operaciones sobre La Rioja, y Lavalle Marchó sobre Tucumán. En este intervalo, Oribe dejando a Pacheco y Aldao en las provincias de Cuyo, marchó él con 3.000 hombres hacia el Norte para tratar de sorprender al general Lavalle. Este, que se había corrido hasta Salta con su escolta, dejando en Tucumán el resto de sus fuerzas mandadas por Pedernera, quien a los 15 días de estar Lavalle en Salta, le comunicaba que Oribe invadía la provincia de Tucumán a marchas forzadas. Lavalle inmediatamente se trasladó a Tucumán, donde encontró que sus fuerzas aún estaban a pie. No obstante la situación tan desventajosa en que se encontraba con respecto a su enemigo, el valiente general Lavalle no vaciló en marchar en busca de Oribe, y el día 3 de septiembre se situaba a su frente al ponerse el sol y cerrada la noche, dejó algunas partidas de paisanos en el mismo campo para llamar la atención y maniobrando de flanco fue al amanecer del 4 a la Villa de Monteros, 12 leguas a retaguardia del ejército de Oribe, en dirección al Sud. A favor de esta operación, los coroneles Murga, Piedrabuena y otros jefes tucumanos, se reunieron. Oribe absorto de tamaña audacia, retrocedió de las puertas de la ciudad de Tucumán con todo su ejército, ejecutando una marcha de 18 leguas hacia Santiago del Estero, hasta que le unió el general Garzón con 1.000 hombres. Lavalle, no teniendo elementos para dar una batalla, volvió a ejecutar la misma operación de flanco, con la que burlaba otra vez 5.000 hombres de Rosas, con una división que no excedía de 1.200 soldados y atravesando los espesísimos bosques de "Monte Grande", estableció su campo en la margen oriental de arroyo Famaillá. Oribe, por su parte, destacó a Garzón con 1.300 hombres sobre la capital y con el resto marchó sobre Lavalle, el cual tenía cortada su retirada hacia Salta y Jujuy por la columna de Garzón.

En la noche del 18 de septiembre la división libertadora vadeó el Famaillá y amaneció al día siguiente frente a Oribe que estaba acampado en la margen occidental del arroyo, dando frente a Tucumán. Lavalle de 700 soldados veteranos, 600 milicianos tucumanos, 70 infantes y tres picetas de a cuatro. En cuanto a Oribe, su fuerza consistía en 1.500 jinetes, 700 infantes y tres piezas de grueso calibre. El combate no podía ser más desigual y se inició a las seis de la mañana, por la izquierda de Lavalle, pero a pesar de ciertas ventajas iniciales, la victoria se inclinó por las armas federales, no obstante el derroche de valor que hizo el general Lavalle y sus jefes más destacados: Pedernera, Prudencio Torres, Segovia, Hornos, Del Campo, Saavedra, Salas, etc., y además bravos que mandaban los cuerpos libertadores, peleando uno contra cuatro con el mayor denuedo.

Lavalle estuvo a punto de caer prisionero y en Las Tapias, a 8 leguas de Tucumán, reunió unos 600 hombres, emprendiendo su retirada por el camino real de Yatasto, pero había llegado a Salta y se disponía a mantener la insurrección en la región de Orán, dando tiempo a que el general Paz diese impulso a sus operaciones por el lado de Corrientes, cuando se le presentaron los coroneles Salas y Ocampo y el comandante Hornos, con los escuadrones correntinos, para manifestarles sus deseos de ir a incorporarse a las fuerzas de Paz en Corrientes, marchando por el Chaco. Presentes en el alojamiento del General los jefes nombrados, Lavalle se despidió de ellos, dándoles una carta para Paz, fechada el 3 de octubre, último que debía redactar el Héroe de Río Bamba. De inmediato se puso en marcha con los 200 hombres que le quedaban, emprendiendo la retirada sobre Jujuy.

En la madrugada del 7 de octubre hizo alto sobre el río del Sauce, de donde se destacó el comandante Lacasa para Jujuy, a donde llegó el mismo día por la noche, encontrando acéfalas las autoridades locales, que habían fugado a la Quebrada de Humahuaca. A las dos de la mañana del día 8, Lavalle hizo acampar a su pequeña tropa en unos potreros de alfalfa en los suburbios de la ciudad. El General llegó enfermo a Jujuy con su secretario Don Félix Frías, el teniente Celedonio Álvarez y 8 hombres de escolta, entraban en la casa en que había estado alojado Don Elías Bedoya. A la madrugada, su secretario-ayudante Lacasa oyó dar un ¡quien vive! Al centinela y al asomarse a la calle vio parada como a 20 varas de la puerta una partida: Lacasa dio la voz de ¡a las armas! Y el General se asomó en ese instante para ver lo que pasaba y enterado por Lacasa de lo que era, ordenó ensillar y montar para abrirse paso, pero en ese momento sonaron algunos tiros y el noble General Lavalle cayó muerto, atravesada su garganta de un balazo.

Su cuerpo conducido a Bolivia, debió ser descarnado a las 24 horas, y enterradas sus carnes en la Capilla de Humahuaca, continuando sus compañeros con los huesos del mártir, hasta Potosí, a donde llegaron el 22 de octubre de 1841, estando a cargo de la custodia sagrada, el teniente coronel Laureano Mansilla. Antes de mediodía del 23, los restos mortales del vencedor de Río Bamba eran depositados en la Catedral de Potosí, acompañándolos el pueblo íntegro de aquella ciudad y rindiéndole honores militares el cuerpo de tropas allí destacado. En 1858 sus cenizas fueron trasladadas a la ciudad de Buenos Aires y depositados en el Cementerio de la Recoleta, donde después se ha erigido el panteón en el que reposan actualmente.

Tal fue a grandes rasgos la vida militar de este mártir de la libertad americana, que fue uno de los batalladores más pujantes de la guerra de la independencia y el que llevó a más distancia de la patria la enseña azul y blanca, el guerrero que recorrió 1.800 leguas de tierra americana infundiendo espanto a los soldados del Rey por su valor inimitable, su decisión admirable y su patriotismo purismo, desinteresado, digno de mucho mejor suerte.

El general Lavalle formó su hogar con Doña Dolores Correa, de las primeras familias de la ciudad de Mendoza; hija de Don Juan de Dios Correa y Doña Eduarda Espíndola. El 28 de febrero de 1824 el entonces coronel Lavalle solicitó permiso para pasar a Mendoza a contraer enlace.

Al regresar del Perú para su patria el entonces coronel Lavalle fue portador de la siguiente nota del general Bolívar, cuyo original se encuentra en el Archivo General de la Nación:

“Eximo. Sr. Gobernador de Buenos Aires. Lima a 6 de noviembre de 1823”

“Excelentísimo Sr.”

“Tengo la honra de aprovechar la feliz oportunidad de saludar a V.E. por medio del Sr. Coronel Laballen que parte hoy para Buenos Aires en comisión de su General en Jefe”

“Creo de mi deber recomendar; ese Gob. La conducta que ha tenido en Colombia el coronel Laballen y puedo afirmar que su proceder en la Campaña de Quito contribuyó muy poderosamente a la libertad de aquel departamento. Los servicios que ha hecho este distinguido

Oficial en el Perú lo recomiendan igualmente al aprecio de su Gbno. Este tributo de justicia es una mínima recompensa de lo que debemos al coronel Laballen”.

“El Coronel Laballen podrá informar a V.E. del estado crítico en que se halla este país y de la necesidad que tiene de la protección de sus aliados y hermanos. Mi deseo más ardiente es contribuir con todas las fuerzas de Colombia a la salvación del Perú”.

“Tengo el honor de ofrecer a V.E. los sentimientos de mi distinguida consideración y respeto”.

“BOLIVAR”

“Buenos Aires, 3 de enero de 1824”

“Contéstese que el Gbno, ya estaba intuido del mérito de esta Oficial, que hará a la recomendación, tanto como a aquel, todo el lugar que se merece, por lo demás refiérase a la contestación de esta fecha”.

“RIVADAVIA”

Quando Bolívar hizo su entrada triunfal en Quito, a mediados de junio de 1822, en uno de los banquetes con que fue obsequiado, en un brindis, en medio de su entusiasmo, dijo: “que no tardaría mucho el día en que se paseara el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino”. Estaban presentes 5 jefes argentinos: Juan Lavalle, Félix Olazábal, Francisco Villa, Gregorio Sánchez y Florentino Arenales. El primero pidió la palabra para aclarar el error de concepto que le parecía encontrar en el discurso que acababa de oírse, y agregó: “Que la República Argentina se hallaba libre e independiente de la dominación española, y lo había estado desde el memorable 25 de mayo de 1810, en que declaró su emancipación. Que si los españoles hicieron tentativas para reconquistar el extinguido virreinato, en todas habían sido derrotados, quedando en consecuencia el territorio en completa libertad.

“Que en memoria de estos triunfos, los argentinos nos consagraron una estrofa de su Himno Nacional y entonaban con entusiasmo:

***“San José, San Lorenzo, Suipacha,
“ambas Piedras, Salta y Tucumán,
“La Colonia y las mismas murallas
“del tirano en la Banda Oriental,
“son letreros eternos que dicen
“aquí el brazo argentino triunfó,
“aquí el brazo argentino triunfó,
“aquí el fiero opresor de la Patria
“su cerviz orgullosa dobló.***

Este episodio es recordado por el general Espejo en “La Entrevista de Guayaquil”.

JACINTO R. YABEN, Capitán de Fragata ®, Pág. 355 a 366